

conclusión llega Lazzaro María De Bernardis en «Acerca de la legitimidad de las normas interpretativas del tratado incluidas en el protocolo adicional» (pp. 775-781).

En la última comunicación, Aldo Gorini propone unas «primeras observaciones sobre las relaciones entre los diferentes textos concordados» (pp. 801-808). Y señala que, al prevalecer la opinión que quería una revisión en el marco de los pactos lateranenses con preferencia a una verdadera reforma, se ha llegado a acelerar el *iter* de los trabajos, perdiéndose al mismo tiempo la ocasión de proceder a una sistematización más oportuna de los textos.

Como subraya Aldo Lojodice al clausurar los trabajos del Convenio, se abre ahora una nueva era de la legislación eclesiástica italiana, fundada por completo en la superación de la an-

tigua idea de separación, tanto desde el punto de vista doctrinal como práctico. Conviene volver a construir la entera legislación eclesiástica del Estado, apuntando ahora a una coordinación cada vez mayor entre las instancias que encabezan a la representación confesional y a la República italiana, con miras al bien integral (social y espiritual) de los ciudadanos.

Como se puede apreciar, partiendo de este breve resumen de las aportaciones de autores de muy variadas sensibilidades, las Actas se presentan como una rica fuente de información, y pueden ser de utilidad también en otros ordenamientos —como el español— en los que las relaciones entre Iglesia y Estado están regulada por vía de acuerdos.

DOMINIQUE LE TOURNEAU

LA EXCOMUNION

BORRÁS, Alphonse, *L'excommunication dans le nouveau code de droit canonique. Essai de définition*, Desclée, Paris, 1987, pp. 350.

Con la promulgación del nuevo Código, los estudiosos del Derecho Canónico han dedicado un creciente interés al tema de la excomunión. Después de la publicación de A. Marzoa Rodríguez, *La censura de excomunión. Estudio de su naturaleza jurídica en los ss. XIII-XV* (cfr. IUS CANONICUM XXVI (1986), pp. 863-864), han salido otras dos tesis: la que vamos a comentar y la de L. Gerosa, *La scomunica è una pena? Saggio per una fondazione teologica del diritto penale canonico*. Co-

mo se desprende de los mismos títulos de estos trabajos, cada uno tiene un enfoque y una finalidad distintos.

A. Borrás enseña Eclesiología y Derecho Canónico en el Seminario Mayor de Lieja, en Bélgica. Su grado de licenciado en Teología le habrá sido de utilidad para llevar a cabo su investigación. No pretende hacer un tratado sobre la excomunión, sino que, siguiendo un método rigurosamente inductivo que parte de los correspondientes cánones del CIC, tiene como propósito es-

tudiar la excomunión *tal como es* en el estado *presente* de la legislación universal, con independencia de las prescripciones del derecho particular, y de la doctrina canónica. Articula el trabajo en dos partes, divididas a su vez en tres capítulos y éstos en artículos. Además inserta una conclusión por cada capítulo y algunos de los artículos. En esto falla algo el esquema bien estructurado, y por otra parte relativamente desequilibrado (los cap. van de las 16 a las 82 pp.). Con todo, las conclusiones parciales son de mucha utilidad.

La primera parte es un estudio pormenorizado de la normativa codicial con referencia al sujeto pasivo, al sujeto activo y a los efectos de la excomunión. Con las limitaciones propias de una síntesis, podemos decir que el *sujeto pasivo* es todo bautizado en el rito latino, de dieciséis años de edad, que ha cometido uno de los delitos para los que el Código establece una excomunión de modo preceptivo o facultativo, o sin haber previamente determinado dicha sanción penal, atribuye al juez o al Superior la facultad de imponer una excomunión por razón de la gravedad del caso.

En cuanto al *sujeto activo*, es el legislador universal en la fase constitutiva, el mismo legislador universal para la aplicación de la excomunión *latae sententiae* no declarada y el Ordinario para declarar la excomunión *ferendae sententiae* o la excomunión *latae sententiae* ya incurrida.

En la fase de remisión, la legislación habilita una pluralidad de sujetos para absolver de la excomunión.

Borrás nombra ocho *efectos* comunes a todos los excomulgados *latae sententiae* (p. 162); cuando esta excomunión *latae sententiae* es declarada, los efectos pasan a doce; y a diecinueve en el caso

de la excomunión *ferendae sententiae* (pp. 176-177).

Comparando estos efectos con los del entredicho y la suspensión, destaca la excomunión por el carácter indivisible y globalizante de sus efectos. La comparación con los efectos del pecado grave y del delito pone de relieve que la excomunión es una sanción penal constitutiva de nuevos efectos canónicos, ya que atrae un número mayor de privaciones de derechos y deberes.

Por otra parte, la excomunión *cam-bia* en parte la condición canónica del sujeto, en cuanto a su capacidad de ejercicio de estos derechos y deberes, de modo provisional y para un tiempo indeterminado, o sea mientras sigue la contumacia; en cuanto tal no suprime la plena incorporación del fiel ni le priva de su plena comunión en la Iglesia. Es el pecado grave lo que hace que no esté en comunión plena, y también los tres delitos de apostasía, herejía y cisma rompen, antes de toda sanción, la comunión y menguan la incorporación, en ocasiones *ferre usque ad radium*.

Tras concluir esta investigación meramente canónica, el autor emprende una reflexión doctrinal, no sin especificar que sólo se referirá a la excomunión *ferendae sententiae*, ya que el Código establece que sea el modo habitual de aplicación de las sanciones penales. El primer cap. de esta segunda parte es un estudio histórico hasta el s. XIII que, por lo tanto, podrá ser fácilmente completado con el trabajo de A. Marzosa Rodríguez al que hemos aludido al iniciar estas líneas. Ya desde los orígenes, existe en la Iglesia una puesta fuera de la comunidad, que consiste en privar al delincuente de la participación a la vida eclesial, privación a la que se añadieron otras consecuencias negativas que sólo se producen en caso de

grave fracaso o de ineficacia de la disciplina penitencial.

El progresivo abandono de la disciplina penitencial ha contribuido a que la excomunión fuera considerada como la única privación de participación en la vida pública de la Iglesia. La distinción entre fuero interno y fuero externo llevó a colocarla en el ámbito externo y disciplinar. Pero ha vuelto a aparecer con un carácter interno con la aplicación *latae sententiae*.

A lo largo de los siglos, la finalidad perseguida con la excomunión ha sido doble: proteger a la comunidad eclesial y conseguir el arrepentimiento del delincuente. En el s. XIII, lo que se había empezado a llamar cada vez más frecuentemente ya desde el s. VIII con el nombre de excomunión, adquiere una configuración institucional claramente distinta de las prácticas penitenciales por una parte, y de las demás censuras, del entredicho y de la suspensión, por otra parte.

La evolución de esta práctica ha sido condicionada por diversos factores: la comprensión que la Iglesia ha tenido de sí misma en relación con el Reino eterno y con el mundo; la comprensión eclesial de los criterios y niveles de pertenencia, y de los respectivos efectos del pecado y de la excomunión; la evolución de la disciplina penitencial; el proceso de unificación de las legislaciones particulares; el influjo de las decretales y de la doctrina canónica.

El segundo cap. considera el fundamento y los fines de la excomunión. No tenemos que olvidar que estamos en el ámbito doctrinal. Pues bien, el análisis concuerda con las conclusiones de la primera parte. Se pueden dar algunos pasos más, como subrayar que la finalidad esencial de enmienda del delincuente va indisolublemente ligada a la finalidad de reparación del de-

lito, y todo ello dentro de una situación extrema en la que han fracasado los medios pastorales.

Borrás se distancia de aquellos autores que sólo ven en la enmienda un *principio inspirador* del derecho penal (J. Arias), o que sólo consideran la enmienda *social* en la hipótesis de la excomunión y demás censuras (P. Ciproti, V. de Paolis). También emite reservas respecto a las concepciones del derecho penal que se centran de *modo primordial* en la autodefensa de la comunidad eclesial (J. Arias, P. Huizing, V. Ramallo, K. Walf). Finalmente piensa haber demostrado que una concepción del derecho penal que sea simplemente declaratoria (con sanciones meramente declaratorias) no corresponde a la realidad de la actual legislación penal de la Iglesia.

Este largo y minucioso estudio no se limita, como se ve, a un elenco de prescripciones legales o de situaciones históricas. Pero todavía tiene mayor pretensión, ya que a lo que quiere llegar el autor es a rellenar el vacío legislativo, proponiendo una definición doctrinal de la excomunión, que también salga al paso de las interpretaciones meramente subjetivas (V. Ramallo, F. Cocopalmerio, J. Arias) que no se fundamentan en una exégesis del texto legal.

Consciente de que esa definición podría caber en esta proposición: «excommunicatio est censura cum effectibus indivisibilibus praescriptis in cc. 1331 etc.», prefiere sugerir, en base a la legislación presente, la siguiente definición: «la excomunión es una sanción penal de derecho positivo eclesiástico con finalidad específicamente medicinal, establecida en contra de muy graves delitos, cuyos efectos indivisibles consisten en la prohibición de ejercer unos derechos y deberes conforme a las prescripciones del Código (cc. 1331

§§1 y 2; 171 §1, 3.º; 316 §§ 1 y 2; 915; 996 § 1 y 1109), de modo que constituyen una exclusión (cuasi) completa de los bienes espirituales de la Iglesia».

Va unido a este apasionante trabajo un índice analítico de los cc. citados de ambos Códigos del 17 y del 83.

Pensamos que, con todo lo dicho,

huelga hacer otros comentarios. No cabe duda que el diálogo doctrinal sobre la excomunión tiene a partir de ahora un nuevo interlocutor, y que la obra de Borrás representa un nuevo enriquecimiento de la doctrina canónica sobre dicho tema.

DOMINIQUE LE TOURNEAU